

## XXVI° Domingo en Tiempo Ordinario

Cuando éramos niños, nos quedábamos fascinados con los pocos recuerdos que mi padre tenía del tiempo cuando estuvo en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial: una cobija marrón para cubrir su catre, una cantimplora para llevar agua, una bandera japonesa y un kimono como recuerdos al final de su servicio, y su rifle, que lo guardaba de manera que no lo pudiéramos alcanzar. Éramos niños. No entendíamos que estos elementos representaban años de sacrificio y de peligro. Los veíamos como si fueran juguetes. Sólo en los últimos más tarde, cuando he aprendido más acerca de los peligros de la guerra y las atrocidades cometidas contra los prisioneros de guerra, empecé a entender lo que debía haber estado pasando por la cabeza de mi padre cuando se ponía el uniforme todas las mañanas. Pero lo hizo por amor a su país y con el deseo de hacer del mundo un lugar mejor. De alguna manera esos ideales significaban mucho más para él que los peligros que se tuvo que enfrentar todos los días.

Aquí, en nuestra comunidad, la policía, los bomberos y el personal de emergencia también se ponen un uniforme todos los días. No comprendo lo que pasa por sus cabezas, pero creo que comparten ideales similares. Quieren proteger a nuestro barrio, y lo hacen debido a un principio que para nosotros los cristianos es importante: el amor al prójimo. Jesús mismo dijo que no hay mayor amor que dar la vida por un amigo. Estos héroes ponen sus vidas en riesgo incluso por las personas que no conocen, por personas con las que ellos no están de acuerdo, por personas que los desprecian, pero sólo por el hecho de ser personas, obtienen la misma protección.

Este fin de semana celebramos nuestra tercera misa azul anual en la iglesia católica de San Antonio con el fin de honrar a los que protegen nuestra comunidad y darles las gracias por su servicio. Si usted sirve en nuestra comunidad como agente de la policía, bomberos, o como equipo de emergencia, ¿podría ponerse de pie por favor? Gracias por su servicio.

Cuando la gente le preguntó a la madre Teresa de Calcuta qué pensaba cuando la gente la llamaba santa, ella dijo que su mayor preocupación era que la gente pensara que la santidad era para los demás, no para ellos. Ella creía que la santidad es para todos.

Aquellos que comprometen sus vidas al servicio público probablemente sienten algo similar. El hecho de que quieran y cuiden a todas las personas de esta comunidad no quiere decir que nosotros no debamos hacer lo mismo. Ellos confían en nuestra ayuda al reportar el crimen, para vivir con seguridad, y cuidar de nuestra salud.

San Pablo le pidió algo similar a Timoteo. Timoteo había asumido un liderazgo espiritual en la comunidad, y Pablo le explica para lo que debe hacer: “Lleva una vida de rectitud, piedad, fe, amor, paciencia, y mansedumbre.” Luego comparó las responsabilidades de Timoteo a las de un atleta: “Lucha en el noble combate de la fe.” Timoteo seguramente siguió el consejo de Pablo. Pero la iglesia nos presenta esta lectura a nosotros hoy en día con la esperanza de que también tomemos su consejo. Todos debemos seguir “la rectitud, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre.” Ya hacen esto en sus familias y con sus amigos, y nuestros servidores públicos nos demuestran estas virtudes también. La vida nos llama a conseguir metas elevadas: no una felicidad personal, sino la rectitud y el amor. Cuando hacemos eso todos somos servidores públicos de la comunidad, y le damos “honor y poder para siempre” a Cristo.